



Capítulo 597: ¡Preparativos hechos!

El Gran Salón de Erebus, construido en las profundidades del inframundo, nunca fue simplemente un espacio—fue una declaración. Un recordatorio viviente de que incluso en medio de la oscuridad, la elegancia y el poder podían coexistir con una perfección casi amenazante.

La estructura se elevaba como un palacio moldeado por la noche. Las columnas eran de mármol negro pulido, bañadas en hilos de oro que corrían como vetas vivas hacia el techo abovedado. Candelabros de cristal y fuego etéreo colgaban en el aire, arrojando luz sobre el suelo espejado, donde cada paso parecía resonar durante siglos.

En las paredes, tapices ricamente tejidos narraban historias de reinos perdidos, pactos divinos y guerras olvidadas. El sonido de los violines —suave pero melancólico— llenaba el aire, tocado por espectros de músicos que parecían existir sólo por la voluntad del propio Hades.



Era un escenario digno de las reuniones de la alta sociedad antigua —el tipo de lugar donde cada gesto, cada palabra, era un arma disfrazada de cortesía. E, irónicamente, era allí donde se encontrarían los dioses del Cielo y del Inframundo.

Entre los preparativos, caminando de un lado a otro con visible impaciencia, estaba Brynhildr, una de las valquirias de Odín.

Alta, con una postura impecable y ojos afilados como una espada, parecía fuera de lugar en ese ambiente de cristales y perfumes raros. Su armadura ligera, en tonos plateados y azules, contrastaba con la vestimenta formal de los sirvientes del inframundo, quienes se movían apresuradamente para completar los detalles finales.



"Por Yggdrasil, esto es absurdo..." murmuró, cruzando los brazos mientras observaba una hilera de súcubos colgando guirnaldas doradas. "Una valquiria... organizando una fiesta."

Uno de los mayordomos infernales, un ser con ojos dorados y colmillos discretos, se inclinó cortésmente. "No es una fiesta, Lady Brynhildr. Es una reunión diplomática." Ella volvió su mirada hacia él, fríamente. "Llámalo como quieras," dio un paso adelante, resonando el sonido metálico de sus botas. "Aun así, sigue siendo una pérdida de tiempo."

El demonio forzó una sonrisa nerviosa, sin atreverse a responder.

Brynhildr miró a su alrededor, analizando la sala con el escepticismo de un guerrero que nunca había aprendido a apreciar las sutilezas. Todo allí era excesivo: las cortinas carmesí cayendo como cascadas de sangre, las bandejas de oro puro, los espejos flotantes que reflejaban imágenes distorsionadas de los preparativos. Una exageración digna de los anfitriones—y eso es lo que la molestaba.



"Hades y Perséfone..." murmuró, pellizcándose el puente de la nariz. "De todos los dioses, ellos tenían que ser los anfitriones."

Un elfo pálido, con cabello blanco como la luna, pasó corriendo junto a ella llevando una copa con un líquido violeta ligeramente humeante. Brynhildr lo detuvo con un gesto rápido. "¿Qué es eso?"

"Néctar de loto, señora. Perséfone solicitó que se sirviera a los invitados principales."

"¿Y qué hace exactamente?"



El elfo tragó fuerte. "Calma los nervios... y calma las emociones."

Brynhildr soltó una risa seca. "Por supuesto. Perfecto para un salón lleno de dioses con siglos de disputas sin resolver."

Ella continuó caminando, con su largo cabello dorado balanceándose detrás de ella como una pancarta en movimiento. Dondequiera que pasaba, los sirvientes se enderezaban, temiendo su mirada tanto como la de sus propios amos.

La Valquiria se detuvo ante la escalera principal —una construcción de mármol oscuro flanqueada por estatuas de figuras femeninas que parecían observar todo con ojos vivos. En lo alto esperaban dos tronos. Uno, hecho de huesos pulidos y plata, adornado con rubíes y pequeñas cadenas que parecían moverse por sí solas. El otro, vivo —literalmente— formado a partir de raíces y flores doradas que exudaban un perfume dulce y mortal. Hades' trono. El trono de Perséfone.

Brynhildr resopló y volvió a cruzar los brazos. "Qué combinación tan maravillosa..." dijo irónicamente. "Muerte y primavera, una al lado de la otra."

Una voz femenina resonó cerca de ella, fría y melodiosa: "Por eso funciona."

Brynhildr se giró y encontró a una mujer de belleza severa y elegante. Piel clara, cabello negro atado con largas trenzas, túnicas de seda gris. Una ninfa de Perséfone, una de las más antiguas.

"¿Funciona?" -preguntó la Valquiria levantando una ceja.

"Sí", respondió la ninfa serenamente. "Porque uno no puede existir sin el otro. Perséfone trae la floración... y Hades, el resto. El equilibrio es lo que hace que este lugar sea estable."



Brynhildr rió brevemente. "Tú lo llamas equilibrio, yo lo llamo ironía."

Se volvió hacia el salón y observó cómo los candelabros se iluminaban en tonos dorados, como imitando la puesta de sol. Por un instante, incluso ella tuvo que admitir— que había belleza allí. Una belleza fría pero poderosa.

Aun así, la idea de tratar con dioses de diferentes panteones, todos en el mismo espacio, era una invitación al caos. Ella lo sabía mejor que nadie.

Los recuerdos de los últimos encuentros "pacíficos" entre deidades todavía ardían en las mentes de los ancianos. Ares y Shiva ya habían intercambiado golpes antes del postre. Amaterasu se había sentido ofendido por el brillo excesivo de la sala de Zeus. Y Hermes... bueno, Hermes siempre encontraba una manera de robar algo.

Brynhildr suspiró y apretó con fuerza la lanza que llevaba en la espalda. "Prefiero matar demonios en Alfheim que servir vino a dioses aburridos."

Detrás de ella resonó una ligera risa. "Y, sin embargo, Odín te eligió. Debe ser porque eres el único que puede intimidar a un dios sin levantar un arma."

Brynhildr reconoció la voz — Hermes, apareciendo siempre cuando nadie lo llamaba. Estaba apoyado en una de las columnas, elegante con un traje gris que contrastaba con el brillo dorado de sus alas.

"Si viniste a burlarte, elige otro objetivo, mensajero," ella respondió sin mirar.





"No me burlaría de alguien que mantiene unido este encuentro de egos divinos", dijo divertido. "Dicen que incluso Ares tenía miedo de quejarse del lugar después de que silenciaste a una súcubo con una mirada."

Brynhildr le dio una sonrisa irónica. "Aprendió rápidamente."

Hermes se rió. "Eso es bueno. Quizás necesites repetir la lección. Los invitados empiezan a llegar pronto."

Brynhildr respiró profundamente, enderezando su cuerpo. Afuera, resonaba el sonido distante de las trompetas, marcando el comienzo de la llegada de los carros divinos. Las puertas del Gran Salón se abrieron lentamente y el aire se llenó de perfumes, luces y presencias antiguas.

"Que Odín me conceda paciencia..." murmuró, ajustándose la capa. "Porque si me falta, tendré que compensarlo con violencia."



Hermes se rió, ya alejándose. "Un consejo, Valkyrie: sonríe. Aunque parezca una amenaza —a los dioses les encanta fingir que todo está en armonía"

Puso los ojos en blanco, pero por un momento, una pequeña y aguda sonrisa escapó de sus labios. "Oh, no te preocupes, mensajero", dijo ella bajando la voz. "Sé muy bien cómo sonreír... especialmente antes de la guerra."

Y así, la sala brilló intensamente cuando los primeros invitados cruzaron el umbral dorado. Dioses, reyes y monstruos—, todos enmascarados por la formalidad, todos listos para el espectáculo.

Y en el centro, Brynhildr observaba, firme, sabiendo que detrás del lujo y las cortesías, la verdadera fiesta sería una de intriga. Una bola celestial al borde



del caos— y ella, la Valquiria encargada de mantener a los dioses bien portados.

...

[París.]

El corazón palpitante de la Tierra, donde el lujo y la decadencia se mezclan con una naturalidad divina— y tal vez por eso Afrodita había elegido ese lugar para llamar hogar desde que abandonó el Olimpo.

El cielo de esa mañana estaba cubierto de nubes rosadas, que reflejaban la luz dorada del sol naciente en las vidrieras de uno de los edificios más antiguos de la ciudad. Dentro de un apartamento de techo alto, con ventanas arqueadas y cortinas translúcidas bailando al viento, la diosa del amor permanecía inmóvil ante una mesa cargada de letras, gafas de cristal y un espejo ovalado adornado con perlas.



La ligereza del entorno contrastaba con su mirada—serena por fuera, inquieta por dentro.

Afrodita era la personificación misma del encanto atemporal. Llevaba una túnica de seda color champán y la tela fluía sobre su piel como líquido. Su cabello largo y dorado estaba suelto y caía sobre sus hombros como una cascada brillante.

Incluso entre los mortales, no necesitaba intentar hacerse notar; pero allí, sola, el resplandor que exudaba parecía ligeramente atenuado —como si faltara algo. Fue entonces cuando un débil sonido metálico resonó en la mesa: el pequeño espejo plateado comenzó a emitir un brillo azulado y apareció un mensaje en su superficie, grabado en líneas de energía.



Fue corto, pero suficiente para hacerla jadear:

"Ese hombre, Hércules, parece venir al evento antes del torneo. Zafiro me pidió que te advirtiera. No entiendo por qué, pero... De todos modos, solo un aviso."

Por un momento, el silencio fue absoluto.

Afrodita miró esas palabras, el reflejo de sus ojos dorados brillando en el espejo. Después de siglos, su nombre volvió a resonar en su mente—Hércules.

Un nombre que llevaba peso, fuerza y recuerdos.

Poco a poco dejó la taza que sostenía y una pequeña sonrisa melancólica se formó en sus labios.

"Finalmente..." murmuró, casi para sí misma. "Entonces el gran héroe ha decidido abandonar su exilio."

Afrodita se alejó del espejo y caminó hacia la ventana. Afuera, París se estaba despertando. Las calles adoquinadas cobraron vida con los sonidos lejanos de los cafés que se abrían y el aroma de flores frescas se elevaba desde los balcones.

Por un momento, recordó otra ocasión— en la que caminó entre mortales no como una exiliada, sino como una diosa venerada. Cuando el amor todavía era algo puro y no un arma ni una moneda.

Dejar el Olimpo no había sido una elección fácil, pero era inevitable.





Había soportado demasiadas guerras, traiciones y manipulaciones por parte de Zeus y los otros dioses.

Y cuando Hércules —el más leal de los hijos del Olimpo— decidió abandonarlo también, algo dentro de ella cambió.

Al principio ella no entendió. ¿Cómo pudo el símbolo supremo de la gloria divina simplemente darle la espalda a todo lo que había luchado por representar?

Pero con el tiempo empezó a comprender.

En el fondo, ella sabía que él se había cansado —no de la lucha, sino de la corrupción detrás de ella.

Y ahora, Vergil dijo que regresaría.

Afrodita se volvió hacia el espejo, tocándolo con las yemas de los dedos.

El resplandor azul desapareció, pero la sensación de anticipación permaneció.

"Hércules," susurró. "Quiero hablar contigo..."

